

Despellejando la Verbocination Latiale. Pantagruel, VI

Susana Artal

*Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas "Dr. Amado
Alonso". Universidad de Buenos Aires*

Luego de su infructuoso recorrido de las universidades francesas y antes de visitar la Biblioteca de l'Abbaye de Saint-Victor, Pantagruel, ya a punto de dirigirse a París, tiene un singular encuentro con un estudiante limusino, "écorcheur de latin". Una primera y rápida lectura del capítulo podría inducir a la conclusión de que se trata de un episodio aislado, casi un pequeño incidente cómico más dentro del libro: lo que se narra es apenas un encuentro fugaz, el estudiante limusino se limita a entrar y salir de escena sin dejar traza en el relato. Creo que esa conclusión sería por cierto apresurada y errónea.

En cuanto reflexionamos un poco más atentamente, tratando de detenernos en los lazos y remisiones que cohesionan internamente el *Pantagruel*, comenzaremos a observar similitudes y paralelos entre el episodio del estudiante y otros pasajes de la obra de Rabelais, que nos dan la pauta de que el capítulo debe ser leído en un contexto mayor. El análisis del texto –que de alguna manera hace *pendant* a la embajada de sorbonardos encabezada por Maître Janotus deus Bragmardo en *Gargantua*, XVII-XX– ofrece un ángulo privilegiado para reexaminar cómo Rabelais ficcionaliza y traduce, en clave de humor, algunas de sus más profundas preocupaciones.

1. Dos encuentros en el camino

Dentro del *Pantagruel*, la secuencia del limusino tiene una evidente relación con otra en que también se narra un encuentro, esta vez crucial no solo para ese libro sino para el conjunto de la ficción rabelaisiana: el de Pantagruel con Panurge, “a quien amó toda su vida”. Veamos, en primer lugar, los inicios de ambos capítulos:

Quelque jour, je ne sçay quand, Pantagruel se pourmenoit après soupper avecques ses compaignons par la porte dont l'on va à Paris. Là rencontra un escholier tout jolliet qui venoit par icelluy chemin; et, après qu'ilz se furentaluez, luy demanda: «Mon amy, dont viens-tu à ceste heure?» (235).¹

Un jour Pantagruel es pourmenant hors la ville vers l'abbaye Saint Antoine, devisant et philosophant avecques ses gens et aucuns escoliers, rencontra un homme beau de stature et élégant en tous linéamens du corps, mais pitoyablement navré en divers lieux et tant mal en ordre qu'il sembloit estre eschappé ès chiens, ou mieulx ressembloit un cueilleur de pommes du país du Perche. (249)

Basta una lectura superficial para notar las semejanzas. Las circunstancias en que se producen los dos encuentros son casi idénticas: Pantagruel se pasea rodeado de compañeros en los límites de una ciudad (Orléans en un caso, París en el otro), la situación temporal es indefinida (*quelque jour / un jour*), el recién llegado tiene aspecto agradable (*tout jolliet / beau de stature et élégant...*). Inclusive el léxico empleado se reitera sospechosamente en ambos inicios. Los

1. Todas las citas de Rabelais en este trabajo corresponden a la edición de Demerson, por lo que solo se indicará la paginación entre paréntesis. Los destacados son míos.

paralelos son pues tan manifiestos que, si no conociéramos al autor de estos pasajes –y en especial, su desbordante creatividad–, podríamos pensar que comenzar dos capítulos de manera tan parecida evidencia falta de imaginación. Bien sabemos que no es el caso de Maître François y por eso, deberemos más bien reflexionar en el significado de tan marcadas remisiones.

Los puntos de contacto no se limitan a los párrafos iniciales que citamos. Muy por el contrario, si consideramos las estructuras de los textos, observaremos que los paralelos se acentúan. Tanto uno como el otro están articulados sobre la base de un diálogo y esa estructura –más expandida en el capítulo IX, donde la cantidad de réplicas es mayor– imprime en los dos capítulos un sello dramático (no es difícil imaginarlos como escenas teatrales). En los dos diálogos, el gigante pregunta y el recién llegado responde de manera tal que Pantagruel no comprende, recurre a sus compañeros y vuelve a preguntar. La dificultad para comprender las réplicas del estudiante y las de Panurge, que el lector comparte con Pantagruel y sus acompañantes, reside en el (los) lenguaje (s) empleado (s), justamente el elemento que vertebra la comicidad de las secuencias.

En el marco de tantas semejanzas, naturalmente, cualquier diferencia sobresale de manera más nítida y evidente. Esas diferencias, en los capítulos que estamos comentando, están concentradas en el plano de la historia pues, pese a los parecidos de las situaciones, las reacciones de Pantagruel son muy distintas. François Rigolot (1972, 37) ha señalado que ante el limusino, el gigante se deshumaniza y retoma su naturaleza mítica, mientras que ante Panurge, recobra su talla humana:

Le même jeu linguistique donne lieu à des avatars différents. En face du pédant, Pantagruel redevient curieusement le petit diable des Mystères qui «fait les gorges seiches»; il se déshumanise pour reprendre sa nature mythique. Au contraire, amusé par la faconde de Panurge, il choisit d'être l'ami généreux et indulgent; il retrouve sa taille humaine.

Pese a que coincido en lo esencial de este comentario, no puedo dejar de señalar

dos divergencias. Por un lado, que en el capítulo VI, la naturaleza mítica de Pantagruel no solo se manifiesta a través de los atributos propios del diablillo medieval (como demuestra la sed que aquejará al limusino *a posteriori*) sino, en primer lugar, a través de sus atributos gigantescos (como demuestra el miedo que provoca en su interlocutor). Por otra parte, que el juego lingüístico no es exactamente el mismo en ambos capítulos y que, tal vez, justamente a raíz de las similitudes en las situaciones de comunicación (o de incomunicación), las diferencias sean muy significativas, como veremos más adelante.

En todo caso, es indudable que el desenlace de las secuencias y la respuesta de Pantagruel son exactamente opuestos: mientras que las palabras del estudiante van enfureciendo al gigante al punto de que termina por tomar a su interlocutor del cuello y amenazar con despellejarlo, las réplicas de Panurge lo mueven a esforzarse por comprenderlo y terminar por proponerle “un nouveau pair d’amitié telle que feut entre Énée et Achates” (255).

Tan distintos resultados ante situaciones que parecían tan semejantes llevan a recordar una vez más las palabras del prólogo del *Gargantua*, que convocan al lector a “rompre l’os et sugger la sustantifique mouelle” (39) en búsqueda de una explicación. Y creo que para hallarla deberemos, como Pantagruel, escuchar atentamente las respuestas de sus interlocutores.

2. Locupléfant de la redundance latinicome

Sabemos perfectamente que tomar prestada materia de otros libros para alimentar los propios era un procedimiento absolutamente frecuente en la literatura del Renacimiento y que Rabelais en particular lo empleó con verdadera maestría al recrear varios episodios de las *Grandes Croniques*.² El capítulo del estudiante

2. El título completo de esta obra (una de las siete crónicas gargantuinas conservadas) es *Les grandes et inestimables Croniques: du grant et enorme geant Gargantua: Contenant sa genealogie, La grandeur et force de son corps. Aussi les merueilleux faitcz darmes qu’il fist pour le Roy Artus, comme verrez cy apres. Imprimé nouvellement. 1532*. Existe una edición contemporánea de las crónicas, a cargo de C. Lauvergnat, G. Demerson y M. Huchon:

limusino tiene una fuente perfectamente identificada: el *Champfleury* de Geoffroy de Tory (1529), del que –según Marc Berlioz (1979, 50)– Maître François habría llegado incluso a reproducir textualmente una frase completa.³ En todo caso, el propósito inmediato de Rabelais es claro: satirizar la moda, difundida entre los estudiantes parisinos de la época, de emplear palabras latinas afrancesadas en la conversación corriente. Veamos, por ejemplo, la primera parte de la respuesta del limusino a la pregunta de en qué pasan su tiempo los estudiantes parisinos:

Nous transtretons la Sequane au dilicule et crépuscule; nous déambulons par les compites et quadrivies de l'urbe; nous despumons la verbocination latiale et, comme verisimiles amorabonds, captons la bénévolence de l'omnijuge, omniforme et omnigène sexe féminin. (235)

No es difícil, aun para el más mediocre latinista, reconocer el arsenal lingüístico del presuntuoso limusino: su léxico rimbombante resulta de añadir desinencias francesas a palabras latinas. Así, por ejemplo, una palabra como *transtrétons* surge de colocar la desinencia *-ons*, propia de la 1ª persona plural del presente indicativo de los verbos franceses, al verbo latino *transtreto*, *avi*, *atum* (atravesar); *compites*, *quadrivies* y *urbe*, de colocar a las palabras latinas *compita-orum*, *quadrivium-i* y *urbs-urbis*, desinencias comunes a los sustantivos franceses. La sintaxis de las oraciones, el empleo de preposiciones, nexos y pronombres personales nada tienen que ver con el latín sino que son los normales en francés. La jerga del limusino es un híbrido pomposo, que Rabelais salpimenta con algunas sabrosas aliteraciones como la proliferación de terminaciones *-ule* (*Mulle*, *spatules*, *minituile*, *facultatule*) pero, sobre todo –y más maliciosamente, si recordamos el efecto fisiológico que el miedo al gigante producirá en el personaje⁴

Chroniques Gargantuaïnes, Droz, Genève, 1988.

3. En el pasaje que citamos más abajo, desde "nous despumons" hasta "sexe féminin".

4. "Et ainsi [Pantagruel] le laissa, car le pauvre Lymosin conchioit toutes ses chausses, qui estoient faictes à queheue de merluz et non à pleins fons [...]" (237)

-cule (*dillicule, crépuscule, diecules, sacrificules, précules, unguicule, locules, cuticule, vernacule*).

La armadura verbal que el estudiante ostenta orgullosamente no es pues más que el resultado de aplicar, sobre lo que él llama despreciativamente “nostre vernacule Gallicque”, el dudoso ornamento de una delgada capa de barniz latino. En la defensa que el limusino hace de su “esforzada” empresa lingüística, queda clara la superficialidad del procedimiento:

«Signor Missayre, mon génie n'est point apte naté à ce que dict ce flagitiose nébulon pour escorier la cuticule de nostre vernacule Gallicque; mais viceversement je gnave opere, et par veles et rames je me enite de le locupleter de la redundance latincome. (237)⁵

Sin duda, en la elección de la palabra *cuticule*, debe de haber pesado el juego aliterativo que ya señalé con las terminaciones -ule / -cule, intensificado además en este caso por la cercanía de *vernacule*. Pero por su significado, *cuticule* también se integra en un conjunto de referencias que apuntan a subrayar la superficialidad de las operaciones del limusino. La palabra *redundance* significa abundancia, pero añade el matiz de algo excesivo, superfluo. El sonoro adjetivo *latincome* (que, según apunta Saulnier en el Index Verborum de su edición de *Pantagruel* (231), juega con la expresión *Gallia comata*) termina de definir la cuestión: aquello con lo que se pretende enriquecer la lengua vernácula es solo una cabellera latina. Lejos de rebatir, como se proponía, la explicación del compañero de Pantagruel (“il ne faict que escorcher le latin et cuide ainsi pindariser”, 236), el discurso del limusino confirma que su jerga no es más que una peluca verbal.

5. Para mayor comodidad, intento una traducción: “Señor, mi señor, mi ingenio no es capaz por naturaleza de hacer lo que dicé ese granuja difamador y escoriar la cutícula de nuestro vernáculo Gálico, sino que al contrario, opero diligentemente, y a vela y a remo, me esfuerzo en enriquecerlo con la redundancia latincoma.”

Nada más distante de la concepción de los humanistas, que cultivan las lenguas clásicas en tanto vías de comunicación, de acceso o transmisión, de la cultura clásica, justamente el propósito con el que Gargantua aconseja a su hijo estudiarlas en la célebre carta del capítulo VIII de *Pantagruel*, donde se comienza a delinear el ambicioso programa de estudios desarrollado en el *Gargantua*. Desgajada de esas profundas raíces, la peluca verbal del limusino, frágil postizo, se quiebra con toda facilidad ante la ira del gigante, que retrotrae al presuntuoso a su *patois*, la lengua de su "pays de vache":

*«Vée dicou, gentllastre! Ho! Sainct Marsault adjouda my!
Hau, hau, laissas à quau, au nom de Díous, et ne me toquas
grou!» (237)⁶*

3. Debajo de la peluca

Ahora bien, más allá de lo pintoresco que nos resulte la manera de hablar del estudiante y el ridículo en que cae al final del episodio, queda pendiente una pregunta: ¿por qué Pantagruel se enfurece con él y no con Panurge, que antes de dignarse a contestarle en francés, su "langue naturelle et maternelle", se dirige a él en trece lenguas diferentes? El efecto de sorpresa e incomprensión ante las palabras del recién llegado, que experimentamos los lectores junto con el gigante, es similar en los dos capítulos y se acrecienta inclusive en el IX por los cambios idiomáticos. No obstante, como señalé al principio de este trabajo, esa dificultad, lejos de enojar a Pantagruel, incrementa su interés por conocer a Panurge, comprender lo que dice y ayudarlo.

Creo que para tratar de entender el efecto opuesto de los dos personajes deberemos detenernos más cuidadosamente en los elementos que, en medio de tantos paralelos, los diferencian. Y en ese sentido, un buen parámetro es el último pedido de ayuda que Panurge formula, antes de expresarse en francés y

6. "¡Eh, digo, hidalgojeu ! Oh, San Marcial, ¡ayúdame! ¡Ay, ay, dejadme, en nombre de Dios, y no me toquéis!"

luego de haberlo hecho en alemán, italiano, escocés, vasco, holandés, español, danés, hebreo, griego y tres lenguas imaginarias.⁷ Esto porque ese último idioma extranjero al que Panurge recurre es el latín, es decir, la lengua que el limusino despelleja. Escuchémoslo:

*Jam toties vos, per sacra, perque deos deasque omnis
obtestatus sum, ut, si qua vos pietas permovet, egestatem
meam solaremini, nec hilum proficio clamans et ejulans.
Sinite, quaeso, sinite viri impij, quo me facta vocant abire,
nec ultra vanis vestris interpellationibus obtundatis,
memores veteris illius adagij, quo venter famelicus auriculis
carere dicitur. (255)⁸*

Como la cita muestra, si cuesta entender estas palabras, la deficiencia lingüística no se le puede achacar al emisor sino, eventualmente, al receptor. Panurge no solo no depelleja el latín sino que lo maneja perfectamente. Por otro lado, así como no maltrata el latín, tampoco desprecia su lengua vernácula, lejos de ello, a la pregunta de si habla francés, responde: "Si faictz, très bien, Seigneur [...], Dieu mercy. C'est ma langue naturelle et maternelle [...]" (255). Esto permite comprender fácilmente por qué, al comenzar este trabajo, sostuve que el juego lingüístico no es el mismo en los dos episodios. Lo que sorprende y desconcierta en el capítulo IX no es, como ocurría en el VI, la desfiguración o el propósito de disfrazar una lengua sino la deliberada exhibición de las extraordinarias dotes verbales que caracterizarán a Panurge a lo largo de toda la obra. El personaje no está tratando de aparentar un conocimiento que no posee sino que lo está

7. Las lenguas de Panurge han sido estudiadas y descifradas por Emile Pons (1931).

8. "Ya os he conjurado, por todo lo sagrado y por todos los dioses y diosas, a que, si alguna piedad os conmueve, aliviéis mi miseria, pero ningún provecho obtengo gritando y lamentándome. Dejadme pues, os ruego, dejadme, hombres impíos, ir donde los hados me llaman y no me fatiguéis más con vuestras vanas Interpelaciones, acordáos del viejo adagio: vientre famélico no tiene oídos." (Trad. mía)

mostrando en acción. En síntesis, Panurge tiene de qué jactarse justamente en el terreno en que la presuntuosidad del limusino carece de todo sustento.

Pero la diferencia va más allá de una simple constatación de habilidades lingüísticas. Al oponer las figuras del estudiante limusino y de Panurge, Rabelais está planteando, no mediante una exposición teórica, sino a través de la ficción y del humor, que como en toda conducta social, en la actitud ante el lenguaje está implicada una dimensión ética. El enmascaramiento verbal del limusino, sustentado en los aspectos más formales y superficiales de la lengua, es una manifestación más de la misma actitud de impostura que preside sus actos y que lo lleva, por ejemplo, a confundir la religiosidad con el cumplimiento de los ritos y los aspectos más externos del culto, tal como se muestra con toda claridad cuando, al preguntarle Pantagruel si es un herético, responde:

*—Seignor, non [...] car libentissiment dès ce qu'il illucesce
quelque minutule lesche du jour. je démigre en quelc'un de
ces tant bien architectez moustiers, et là me irrorant de belle
eaue lustrale, grignotte d'un trançon de quelque missicque
précation de nos sacrificules, et, submirmillant mes préculas
horaires, élue et absterge mon anime de ses iniquamens
nocturnes. Je révère les Olimpicoles. Je vénère latrialemente
le supernel Astripotent. Je dilige et rédame mes proximes.
Je serve les prescriptz Décalogiques, et, selon la facultatule
de mes vires, n'en discède le late unguicule. (236)⁹*

-
9. Oh no, señor, que muy gustoso, desde que brilla el primer y diminuto pedacito del día, me voy a alguno de esos monasterios tan bien contruidos, y allí, humedeciéndome con la excelente agua purificadora (santiguándome con agua bendita), mastico algún pedazo (rezo un trozo) de cualquiera de las oraciones del sacrificio de la misa, y así, diciendo en voz baja mis plegarias según las horas (litúrgicas), limpio y lavo mi alma de sus suciedades nocturnas. En verdad que reverencio a los habitantes del Olimpo (del Cielo), venero con adoración al supremo Señor de los Astros (Dios), estimo y amo constantemente a mis prójimos sigo los mandamientos del decálogo (los diez mandamientos) y en la pequeña medida de mis fuerzas no me aparto de ellos el ancho de una uña! (Trad. de Juan Barja, 224)

Tanto el estudiante como Panurge poseen los rasgos propios de los personajes que, en líneas generales, podríamos llamar pícaros: los dos son vagabundos, amigos de amoríos y tabernas, siempre al acecho del dinero de otros. Al resultar castigado uno y premlado el otro, se hace evidente que el problema ético que Rabelais ficcionaliza no reside en esos aspectos de la conducta concreta, que ambos personajes comparten, sino en lo que los diferencia. A la voluntad del estudiante de enmascarar -en las palabras y en los actos- su naturaleza, se opone la elección de Panurge: mostrarse, en ambos planos, tal cual es. En efecto, así como ha exhibido en el capítulo IX sus destrezas verbales, Panurge también exhibirá sus costumbres, astucias y tretas a lo largo de los capítulos XIV a XXII de *Pantagruel*. A la inversa, el limusino pretende hacer pasar sus "iniquitaments" bajo la capa de la beatería, del mismo modo como trata de ocultar su *patois* debajo de la vana petulancia de su peluca latina.

Bibliografía

Berlioz, Marc. 1979. *Rabelais restitué. I. Pantagruel*, Paris, Didier Érudition.

Pons, Émile. 1931. "Les jargons de Panurge dans Rabelais", *Revue de littérature comparée*, XI, 185-218.

Rabelais, François. 1965. *Pantagruel*, ed. de V.L. Saulnier, Genève, Droz.

1973. *Œuvres Complètes* de Guy Demerson, Paris, Seuil
1989. *Pantagruel*, traducción de Juan Barja, Madrid, Akal.

Rigolot, François. 1972. *Les langages de Rabelais, Études Rabelaisiennes X*, Genève, Droz.